

LAS GRANDES CACERÍAS DE AVESTRUCES

Centeno, Rodolfo. 1967. Evocaciones Históricas de Río Cuarto, edic. Municipalidad de Río Cuarto, Río Cuarto, pág. 131-132.

www.produccion-animal.com.ar

Volver a: [Producción de ñandúes](#)

Constituyó para el paisanaje una verdadera justa de habilidad y coraje, como el de las yerras o domadas de potros.

Fue un episodio característico de esa vida inhóspita de frontera.

Las grandes boleadas de avestruces (*Rhea americana*) se organizaban con una doble finalidad: la deportiva y la económica. En todo tiempo sus plumas tuvieron buen precio y un seguro mercado adquisitivo. El escenario donde se efectuaban era la pampa inmensa, en la que no había alambrados. Los indios, siempre al acecho de los cristianos, muchas veces sorprendieronlos jugándoles una mala pasada.

En otras oportunidades se trocaban los papeles, siendo éstos los que atacaban a aquéllos. La afición de la gente de campo por las boleadas de "ñandúes" ha sido proverbial e se ha prolongado hasta hace muy pocos años o mejor dicho hasta que el veloz animal desapareciera en su forma de vida primitiva.

Las grandes expediciones de caza tuvieron su esplendor a mediados del siglo pasado. Su organización respondía a un verdadero plan estratégico. En efecto, se reunían doscientos o trescientos jinetes para asegurar el éxito de la cacería y también en previsión de un ataque imprevisto de los bárbaros, que fueron eximios cazadores. La dirección estaba a cargo de algún vecino experimentado o algún jefe militar de fortín. Las cacerías se llevaban a cabo en primavera o en otoño. Formado el escuadrón, partían hacia los campos pletóricos de pajonales, donde los avestruces proliferaban libres como el viento, en compañía de otras especies como: venados, guanacos, gamos y pumas. La llanura se extendía inabarcable para la vista humana, sin horizonte, como hecha exprefeso para que el caballo corriera veloz por ella. Los cazadores elegían un lugar apropiado para la concentración, que tuviera buenos pastos naturales y agua. Muy de madrugada partían de este punto los expedicionarios montados en buenos pingos, para luego abrirse en fila india, de izquierda a derecha, describiendo una gran circunferencia de varias leguas. A los que formaban la vanguardia se les llamaba "punteros", a los que les seguían "Boleadores" y a los demás "batidores". Cuando los "punteros" se unían cerrando el cerco, prendían una fogata para avisar a toda la cuadrilla que tal operación se había cumplido. Los otros contestaban por medio de humo, dándose así por enterados.

Se iniciaba entonces la marcha convergente, para el golpe final. Todos los jinetes se desplazaban hacia el centro del círculo, donde la caza se amontonaba nerviosa y arisca. La pampa se poblaba de movimientos y rumores. Los gauchos preparaban sus "ñanduceras" o sea boleadoras, arma temible de origen indígena, e iniciaban el ataque.

Los "boleadores" como tenían la responsabilidad mayor, esperaban atentos en sus veloces corceles, sin sacarles las espuelas de los ijares.

En medio de una atronadora gritería y del resoplido de los caballos que atropellaban con toda su furia salvaje, los avestruces se desparramaban entre los "boleadores" buscando su salvación, mientras una lluvia de boleadoras caía sobre ellos, quedando muchos tendidos sobre los pastos prisioneros de las extremidades. A los caídos en esta forma se les dejaba y se continuaba con el resto la implacable persecución. Una vez concluida la corrida los cazadores retornaban a juntar las presas y buscar las bolas perdidas en los pajonales.

Al atardecer se efectuaba la concentración general de los cazadores y haciendo rueda al fogón se asaban los "alones" y la "picana" (rabadilla), manjares exquisitos que los paisanos apetecían, mientras la "bota" con vino y el mate corría de mano en mano. Culminaba la fiesta con los comentarios jocosos que cada jinete hacía de su intervención personal en la boleada, no faltando algunos con una pierna o brazo fracturado por una "rodada", pero el dolor se atenuaba en medio de la algarabía general. La cacería se prolongaba por varios días, hasta que la cantidad de presas logradas compensaba el esfuerzo colectivo, volviendo los participantes a sus hogares donde se continuaba la celebración del éxito obtenido.

El acopio de plumas logrado, que los pulperos pagaban a buen precio, les recompensaba el extraordinario esfuerzo, permitiéndoles vivir en la holganza hasta la próxima boleada. De las presas del avestruz los paisanos sacaban buen provecho, porque aparte de los "alones" y la "picana" que eran apetitosas, solían disecar el "buche", que pulverizado, servía para curaciones digestivas.

Se ignora si los galenos han descubierto esas maravillosas propiedades del "buche" del avestruz para las indigestiones estomacales...

De la piel del "cogote", suavemente sobada, los criollos fabricaban "guavacas" (cigarreras) que adornadas con cintas de seda en sus extremos eran su orgullo.



Cacería de avestruces

En la actualidad, algunos estancieros amantes de la tradición, crían avestruces en sus estancias, para su entretenimiento en pequeñas boleadas dominicales.

Pero las grandes boleadas ya pasaron y sólo subsisten como un recuerdo de tiempos idos, que algún payador evoca todavía en el bordoneo de su guitarra ...

Volver a: [Producción de ñandúes](#)